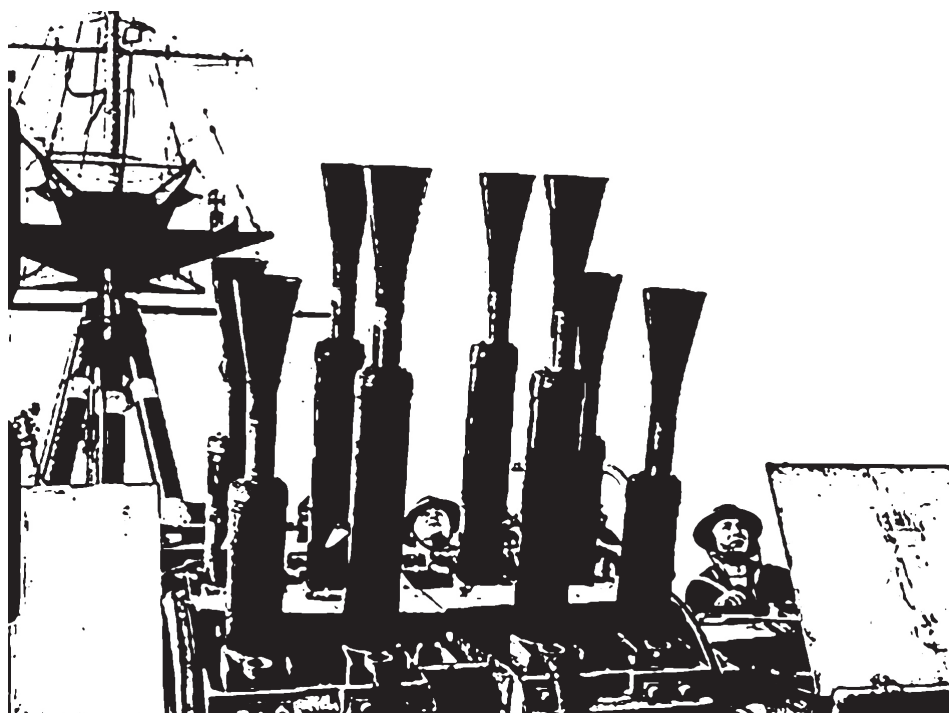


EN LA MAYOR GUERRA DE TODOS LOS TIEMPOS



JOSÉ MIGUEL ROMAÑA

www.hrmediciones.es

A Harkaitz, el segundo de mis nietos, para que en vida pueda comprobar el fin de todas las guerras durante el siglo XXI en que ha nacido.

Índice

Introducción.	9
IRA, su alianza secreta con Alemania y la URSS	11
La dominación de Irlanda	15
Un callejón sin salida	17
Ayuda de Berlín	20
Solo un envío de armas	21
El Irish Republican Army	22
A la sombra del Sinn Féin	26
Terror selectivo	27
Amarga guerra civil	29
Los oscuros años veinte	30
La alianza clandestina con la Unión Soviética	31
Frente al fascismo	34
La Marcha sobre Dublín	36
Fulminante reacción republicana	37
Con el <i>Plan S</i>	41
Bombas contra Inglaterra	43
Ante una nueva guerra en Europa	48
Los agentes de la Abwehr	50
Difícil neutralidad	53
Un millón de cartuchos	57
La <i>Operación Taube</i>	59
Los planes de Hitler	66
El duro informe de un espía	68
Dos sociedades estancas y secretas	71
Lo planeado por la <i>Unternehmen Grün</i>	73
Ataques aéreos contra la isla verde	79
Gravísima crisis republicana	83
El Úlster como objetivo	84
Noventa días de ofensiva	85
Nacionalistas escoceses, IRA y Tercer Reich	90
Cómo salvó el Reino Unido sus reservas de oro.	93
La gran decisión de Churchill	94
En absoluto secreto	95
El viaje del HMS <i>Emerald</i>	96

La segunda fase	99
Los siguientes envíos	103
Con la reserva aurífera soviética.	104
Destrucción de la Kriegsmarine	107
El rescate de los lingotes de Stalin.	109
La otra represión de los judíos	113
Colaboración nazi-judía	114
El yugo británico	116
Los semitas de Austria	117
Nula voluntad de acogida en Cuba	118
La ruta marítima de los desesperados	123
«Apátridas» en Polonia	133
Distintos asesinatos	134
A vueltas con el <i>Proyecto Madagascar</i>	136
La reacción de la Haganá.	138
Hipocresía aliada	139
La matanza oculta de Jedwabne	140
Apaleados y quemados vivos	146
¿Por qué no se bombardeó Auschwitz?	149
El gran canje frustrado	154
La Associated Press y el nazismo	157
Inicio del Holocausto en Francia	161
El velódromo de la vergüenza de París	168
La verdad histórica y la verdad política.	175
La «leyes raciales» de Mussolini.	179
La compensación de los Ferrocarriles Neerlandeses	184
La <i>Operación Barbarroja</i>	187
Leningrado, la epopeya del asedio más duro	187
El inicio de una extraordinaria gesta	194
Tres millones de personas aisladas	198
Un acorazado soviético partido en dos	206
La actitud de los finlandeses	209
El demencial plan de Hitler	212
Lucha sin dar cuartel	218
«La carretera de la vida»	222
Increíble batalla contra el frío	234
El azote del hambre más atroz	239
Las posiciones alemanas	247
Horrores cotidianos.	251
El resurgimiento de una ciudad	257

Voluntarios españoles de 15 a 17 años	261
En el 1.º Batallón de Cazadores de Tanques	265
Temple de acero	268
Ruptura parcial del cerco	271
Un testimonio de la División Azul	276
La agonía de la Wehrmacht	279
Una esperada liberación	282
Represión estalinista	286
Cuando Japón humilló ala Royal Navy	293
Una Fuerza Z insuficiente	295
Rumbo al sacrificio máximo	306
Vigilancia nipona por aire y mar	314
La ofensiva de la 22.ª Flotilla Aeronaval	321
«Los pianos de Chicago»	322
Oleadas sucesivas de aeroplanos japoneses	326
Infierno sobre el mar de la China Meridional	332
Hacia los abismos marinos	338
El abatimiento moral de Churchill	342
Más desastres navales británicos	347
Toda una humillación estratégica	350
¿Qué impidió, en realidad, el secuestro de Hitler?	355
La visita secreta del Führer	356
Una ocasión única	358
El SOE por dentro	359
Perfecta planificación	361
Los mensajes decisivos	362
Preguntas sin respuesta	366
El presunto «desertor»	367
Un espía llamado Ernest M. Hemingway	371
El dossier del Federal Bureau of Investigation	372
De Cuba a España, pasando por China	373
Una especie de <i>Q-boat</i>	375
¡Pelotaris vascos como lanzadores!	378
«La fábrica de trampas»	384
El falso mapa de Sudamérica	387
Un millar de submarinos alemanes	393
El paquete de la <i>Euskal Etxea</i>	394
Tensión con los <i>G-men</i>	396
Perseguido hasta la muerte	397

Las bombas alemanas guiadas por radiofrecuencia	401
Armas secretas de la Luftwaffe.	403
Orgullo de la Regia Marina	409
Un inesperado armisticio	411
Rumbo a la isla de Malta	413
Primer ataque aéreo alemán	415
Las revolucionarias bombas planeadoras.	416
La agonía del coloso.	418
Una excepcional bomba guiada antibuque.	422
Más navíos aliados alcanzados.	425
Ike y Monty prolongaron seis meses la guerra en Europa	429
Peligro sobre la cuenca industrial del Ruhr	430
Una paralización decisiva	432
Críticas de los historiadores	433
La absurda mitificación de Montgomery.	436
El impulso del III Ejército estadounidense.	440
A vueltas con el combustible.	442
Por un millón y medio de litros de nafta	447
La desastrosa <i>Operación Market-Garden</i>	449
Los obstinados beligerantes del Imperio del Sol Naciente.	453
Asalto anfibio a las Islas Marianas.	455
Un diluvio de bombas	457
El desembarco en Guam	459
Lucha sin esperanzas	464
La terrible soledad.	466
Tres contra la espesa jungla	468
Sobre las basuras del enemigo	470
La muerte de Miyazawa	471
Los dos últimos combatientes	475
Las «ratas de la selva».	481
Regreso a la civilización	483
Infructuoso interrogatorio	486
Un increíble superviviente más	489
Los otros <i>zan-ryū-scha</i>	495
La firmeza del teniente Hirō Onoda	499
Bibliografía	505

► Introducción

No hay la menor duda de que el interés que aún suscita el mayor conflicto bélico mundial, lejos de aminorar, aumenta más con el transcurrir del tiempo. Las nuevas generaciones quieren saber sobre aquella época, tan lejana y convulsa, con las potencias implicadas obligadas a llegar al límite de su resistencia física, moral y tecnológica. A ello se une, obviamente, el morbo que todavía despierta el auge y desmoronamiento de una Alemania nacionalsocialista deslizándose hacia el abismo. Fue luego de presentar una trayectoria de delirios de dominación mundial, además de su presunta superioridad aria y la megalomanía de sus líderes. Nada fue igual después para el mundo, sobre todo en Europa y Asia, tras acabar con tantas vidas, y ver destruidas infinidad de riquezas materiales y naturales muy complicados de recuperar.

La atracción que todavía representa la Segunda Guerra Mundial no se debe solo a una respuesta unívoca. Eso equivale a simplificarlo todo. Hay sociólogos de Occidente que la valoran como una inevitable fascinación. Es que ahora, por fortuna, vivimos en una sociedad desmilitarizada que se encuentra situada en las antípodas ideológicas de aquellos convulsos años treinta del pasado siglo. No corremos el mismo peligro de que, tras el fin del experimento militar que vino a significar la Guerra Civil Española, tenga lugar un choque de trenes como consecuencia directa del desmedido auge del fascismo/nazismo y el comunismo. Los lectores de la Segunda Guerra Mundial, en su encomiable ansia de conocimiento, demandan ahora informaciones cada vez más fidedignas. Y eso solo se obtiene aportando

nuevas pruebas, basadas siempre en una exhaustiva documentación que, por supuesto, jamás ha de tener punto final. Pero los archivos oficiales se nos presentan más complejos de consultar que nunca, hasta lo más profundo de las galerías subterráneas donde puedan encontrarse. Por que siguen ocultando secretos cuya difusión se trata de evitar o ralentizar. Sería la única forma de llegar a descubrir aspectos, seguramente insospechados, sobre todo lo acaecido entre los trágicos veranos de 1939 a 1945.

No solo Estados Unidos, Francia y el Reino Unido siguen ocultando valiosísimos datos, y muy esclarecedores, en sus archivos ocultos. También tenemos los colosales de la actual Federación de Rusia —heredera natural de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas—, con la dificultad añadida que supuso la desestalinización tras el óbito del tirano rojo, pues continúan tapando miles de documentos bastante comprometedores. Por eso Moscú únicamente permitió a los historiadores más interesados, entre 1995 y 2000, analizar con lupa en una parte ínfima de aquellos. Sabemos así que en los correspondientes al KGB hay, a modo de ejemplo harto ilustrador, pruebas de necrofagia. Ahí estaban los testimonios de quienes vieron, con sus propios ojos, el canibalismo que se practicaba en los cuerpos de los camaradas fallecidos.

En cuanto al antiguo y humillado Imperio del Sol Naciente, hay que añadir que los diferentes gobiernos democráticos de Japón nunca se han caracterizado precisamente por ofrecer facilidades a los investigadores propios, y menos todavía, a los foráneos. Según publicó de forma oficial la Agencia de Defensa Japonesa en 2003 —cuatro años después, se cambió esa denominación por Ministerio de Defensa—, solo en las últimas semanas de conflicto bélico, en el área del Pacífico/Asia, fue pasto de las llamas alrededor del setenta por ciento de la documentación secreta. Y eso ocurrió antes de que los Aliados ajustaran cuentas. A nadie se le escapa entonces que entre ese material tan sensible se encontraban demasiados papeles sobre crímenes de guerra. Lo mismo que, por supuesto, pruebas concluyentes de hasta qué extremo las más altas instancias niponas estaban involucradas en aquella política expansionista que parecía no tener límites con tantas agresiones armadas.

► IRA, su alianza secreta con Alemania y la URSS

Iniciamos este volumen con una peligrosa colaboración cuyo inicio se remonta a los más lejanos tiempos imperiales del Káiser Guillermo II. Después de ello resulta sencillamente paradójico que el legendario Irish Republican Army —cuerpo paramilitar mundialmente famoso por sus siglas IRA— buscara apoyos en la Alemania hitleriana antes del último conflicto bélico mundial y después, durante su posterior desarrollo. Para sustentar esa aseveración, debemos basarnos en la postura antifascista mostrada por los guerrilleros urbanos irlandeses en su propia tierra, de 1932 a 1934. Tuvo lugar cuando el IRA luchó contra el National Guard. Tal como se analizará con cierto detalle más adelante.

A estas alturas del siglo XXI, no tienen que sorprender demasiado los contactos habidos entre los republicanos irlandeses y el régimen nazi —en cualquier caso, anteriores a los registrados con la Unión Soviética y su Servicio de Inteligencia—, toda vez que el objetivo común de ambos coincidía en la guerra abierta contra el Reino Unido. Sin embargo, su colaboración varió de intensidad en el período comprendido entre 1937 y 1943. Terminando el año siguiente, a raíz del gigantesco desembarco aliado en las playas de Normandía. Hablamos del proceso que constituyó un desastre tras otro. Aparte de que, para ciertas personas, el fin justifica siempre los medios utilizados, esas relaciones mantenidas por el IRA con Berlín respondieron a la cínica ley formulada por Winston S. Churchill para justificar, de alguna manera al menos, su repentina alianza con Stalin cuando Alemania invadió la URSS por sorpresa. Luego de declarar con todo descaro: «Los enemigos



EL VICEALMIRANTE CANARIS, JEFE DE LA INTELIGENCIA MILITAR ALEMANA.

de mis enemigos son mis amigos», ese viejo zorro gruñón cínicamente quiso olvidar que el dictador marxista, un paranoico de libro, había colaborado con Hitler en el reparto territorial de Polonia. Esa desgraciada nación que, en cuestión de pocas semanas, dejó de existir como tal al inicio del otoño de 1939.

Según escriben M.^a Luisa Sánchez y Luis Reyes, en su obra compartida *IRA: 60 años de guerrilla*:

El desconocimiento de los republicanos irlandeses por parte de Berlín era tan grande que pretendían que el IRA hiciese las paces con De Valera para aprovechar el conjunto de las contradicciones que enfrentaban a Irlanda con Inglaterra. Por su parte, el IRA no quería consejos, sino armas, y pretendía otro absurdo: que Alemania

lo reconociera como único Gobierno legítimo de Irlanda, lo que equivaldría a inclinar a De Valera hacia los ingleses.

Hoy en día, con la abrumadora documentación y bibliografía existente, es posible reconstruir los pormenores que rodearon al conjunto de las operaciones menos conocidas de la Segunda Guerra Mundial. En cuanto a Irlanda se refiere, significó un absoluto fracaso para una Abwehr — organización alemana de Inteligencia y Contraespionaje, que dirigía el vicealmirante Canaris— incapaz de comprender que nadie ha podido nunca controlar al irreductible IRA.

Una serie de documentos secretos —desclasificados en el otoño de 2003, por Londres— vinieron a arrojar más luz sobre la figura de Frank Ryan — miembro de alto rango del Ejército Republicano Irlandés— y las estrechas relaciones mantenidas con la Abwehr. Todo con la intención de que Hitler lanzara un ataque contra Irlanda del Norte durante 1940. Hablamos del Úlster, una de las denominadas «provincias históricas» de la isla que ahora nos ocupa. Tal como se expresó el archivero Howard Davies, al hacerse público el acceso a esa reveladora documentación:

—Pueden tomar esto como una señal de lo que el IRA estaba haciendo en esa época.

Tal como publicó al respecto *El Economista*, en México, D.F., con fecha del 14 de noviembre de 2003:

Sin embargo, en el invierno de 1941 la situación de la guerra había cambiado. Con la improbabilidad de que Alemania invadiera Gran Bretaña, la *Operación Taube II* necesitaba revitalizarse. Tropas alemanas estaban acuarteladas en Brest, Francia, para entrar clandestinamente en Irlanda y fortalecer la Resistencia Irlandesa. Los alemanes creyeron que Gran Bretaña podría invadir Irlanda porque el Gobierno británico ansiaba el control estratégico de los puertos sureños irlandeses.

El Estado Mayor alemán había previsto el plan de ataque a Irlanda, la llamada *Operación Verde*, con el apoyo logístico, humano y material del IRA.

En uno de los documentos puestos a disposición de los investigadores en el Reino Unido, se puede leer al respecto:

La tarea de Ryan era asegurar que los alemanes fueran acogidos como aliados y libertadores.

Puesto que Frank Ryan aseguró, a los interlocutores del Gobierno alemán, su convicción plena de que Éamon de Valera iba a respaldar el plan de ocupación de toda la isla. Y para lograr una mayor coordinación, no dudó en entregar una lista con los nombres y apellidos de un total de 23 personas que serían contactos fiables en Éire, y en el Úlster también, para los agentes de la Inteligencia Militar del Tercer Reich. La relación incluía a Maud Gonne MacBride, revolucionaria, feminista y actriz musa del poeta William B. Yeats, con quien mantuvo una turbulenta relación. Como publicó *El Economista*, se suponía que Ryan utilizaba sus amplios contactos políticos y sindicales en el Estado Libre de Irlanda para incrementar la tenaz oposición armada contra el Reino Unido.

El tema aún sigue coleando. Fue el 22 de diciembre de 2010 cuando se estrenó, en la TV británica, el episodio séptimo de la serie *Nazi Collaborators*, bajo el título de *The IRA Conspiracy*. En ese documental, obra del director Nick Aarons, se explicaba la forma en que el Ejército Republicano Irlandés colaboró con los alemanes. Asimismo, prestaba una especial atención tanto a organizaciones como personas que, a sabiendas de lo que hacían, o sin conocerlo realmente del todo, colaboraron con los ambiciosos planes expansionistas del Tercer Reich.

Otra polémica, y no menor, la desató, casi dos años más tarde, el estreno del largometraje *The Enigma of Frank Ryan*, del norirlandés Desmond Bell. Tuvo lugar el 27 de agosto de 2012, con motivo de celebrarse el 37.º Festival Internacional de Cine de Montreal. De hecho, sirvió para dar a conocer la vida de ese controvertido activista del IRA. En medio de la agria polémica desatada en la República de Irlanda, su director señaló que estaba más interesado «en explorar el lado humano de la cuestión de Ryan que de la política». Según explicó al día siguiente la *Montreal Gazette*, al tiempo que el Gobierno de Dublín adoptaba una posición estrictamente neutral —cuando el Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania, tras invadir Polonia—, unos setenta mil irlandeses se ofrecieron voluntarios para entrar a formar parte de las Fuerzas Armadas británicas; sumándose con

ello a los 50.000 procedentes del Úlster. No obstante, diversos simpatizantes del IRA buscaron, a modo de alternativa, la ayuda alemana para su causa de reunificación de toda la isla verde. Uno de ellos resultó ser Frank Ryan, sobre cuya suerte se debatiría mucho durante décadas. Fallecido en febrero de 1944, acabó enterrado en Dresde bajo nombre y apellidos falsos, luego de permanecer internado en un sanatorio de la capital sajona. Esta quedó arrasada, justo un año después, por la terrorífica acción conjunta de los aviones de bombardeo de la RAF y la USAAF.

La dominación de Irlanda

Volviendo ahora la vista muchísimo más atrás, a tiempos en realidad muy pretéritos, debemos recordar que «el problema irlandés» surgió al invadir la isla esmeralda las tropas de Enrique II de Inglaterra, en 1170. Y en la época de Enrique VIII, el drama estalló en toda su magnitud tras separarse este mucho más conocido monarca de la debida obediencia religiosa a Roma. Después vinieron a Irlanda colonos protestantes de origen escocés de la mano de María Tudor. Fueron sus descendientes los responsables directos del nacimiento del Partido Unionista, así como de unas tropas de choque dispuestas por las logias orangistas.

Las sucesivas derrotas del Reino Unido en la Guerra de la Independencia de Norteamérica iban a constituir una especie de «bálsamo» para los martirizados corazones irlandeses. Al fallar dos tentativas francesas —la primera en 1796, y la otra, dos años después— para apoderarse de Irlanda en apoyo del presbítero Wolfe Tone —fundador de la Sociedad de los Irlandeses Unidos—, el primer ministro británico, William Pitt, optó por la pura y simple anexión de la isla. Cuando ya era, de hecho, la primera colonia al constituirse el Imperio Británico. Cabe destacar que ni el Parlamento de Dublín, ni tampoco la Iglesia Católica y absolutamente todo su episcopado, hicieron nada por impedirlo. Y durante el siglo decimonónico el republicanismo irlandés acabó forjándose en una sucesión de levantamientos y conspiraciones. La primera llama de rebeldía en esa lejana época hay que buscarla en la persona de Robert Emmet, quien la inició en 1803 de forma tímida.

En el transcurso del verano de 1845, al pudrirse la cosecha de patatas, llegó el siniestro espectro de una hambruna que se prolongaría por espacio de cuatro interminables años. Ese desastre alimentario tuvo tres causas determinantes, tal como la desgraciada aparición de una plaga de tizón tardío, la nefasta política económica impulsada desde Westminster —centro político,

de la autoridad religiosa y de la realeza, en ese municipio del Gran Londres— y asimismo unos pésimos métodos de cultivo. Conviene tener muy presente al respecto que entonces los irlandeses eran cultivadores de gran cantidad de cereales y que, para su mayor desgracia, esas mismas cosechas iban a parar a la mayor isla británica en su totalidad: Gran Bretaña. Significaban el pago de rentas a los propietarios y grandes señores ingleses. Así que en la práctica Irlanda recibía un trato equivalente a un lugar del Tercer Mundo. Ello cuando aún faltaba más de un siglo para que ese término fuera acuñado por el economista francés Alfred Sauvy. Lo utilizó para definir la miseria, casi generalizada, de territorios sin ninguna esperanza de desarrollo.

Y la clave para entender este colosal desastre alimentario, que se cobró más de dos millones de vidas, a partir de 1846, reside en la propiedad británica de la tierra agrícola de Irlanda. En su libro *Héroïque et ténébreuse IRA*, editado en 1972, Jacques LeBailly nos recuerda esa tragedia de mediados del siglo XIX —que ha pasado a la Historia como la Gran Hambruna Irlandesa— y también el drama de quienes quisieron atravesar el Atlántico en dirección a la soñada «Tierra prometida», Norteamérica en este caso:

La población de la isla, que se elevaba a más de nueve millones de habitantes, quedó reducida a la mitad por muerte o exilio. Pero muchos de los que lograron escapar murieron en los viejos cargueros en condiciones infames de higiene. Estos emigrantes, en número de dos millones, tienen hoy una descendencia diez veces más numerosa cuyo papel en la vida económica y política de los Estados Unidos es capital.

Entre tantas tragedias individuales o familiares, ante aquella angustiosa falta de alimentos básicos —hasta convertirse en la peor hambruna europea de toda la centuria decimonónica—, durante 1848 hicieron su aparición los Jóvenes Irlandeses. Ya en su exilio, un grupo de ellos luchó desde las barricadas de París. Fue entonces cuando eligió la bandera naranja, blanca y verde, a modo de símbolo nacional de identidad que ha llegado a nuestros días. Como resulta obvio, inspirada en la tricolor francesa. Entre 1865 y 1868, surgieron los autodenominados Fenianos. Se convirtieron en los padres del Irish Republican Brotherhood, movimiento creado en Estados Unidos por emigrantes irlandeses y los descendientes de la segunda generación. Y sus miembros adoptarían luego el nombre de Feniabs, en homenaje a uno de

los héroes legendarios. Esos primitivos Fenianos aportaron armas, hombres y medios económicos para liberar Irlanda del asfixiante yugo británico. Asimismo, era destacable su ayuda para formar el grupo de los Invencibles; en ese mismo año de 1882. Muy pronto hizo notar su presencia contraria a la colonización mantenida desde Londres, pues el 6 de mayo asesinaban a Lord Cavendish, secretario de Estado para Irlanda.

Todos los grupos que hemos mencionado llevaron a la práctica un programa político y social cargado de desesperación. Estaba basado en la lucha que exigía un sacrificio continuo para intentos suicidas que, a su vez, permitieran la liberación de la opresión británica. En su conjunto, fueron ellos los auténticos precursores del IRA al formarlos hombres indómitos, muy capaces de soportar todas las derrotas, y sin jamás desfallecer. Incluso podían permanecer, como nadie en el mundo, hasta cinco años desnudos en una celda de castigo. Era ante su obstinada negativa a vestir el uniforme de presidiario común, por considerarse solo presos políticos.

Un callejón sin salida

En paralelo con la rebeldía republicana en Irlanda, el siglo XIX había presenciado la aparición y rápido desarrollo de un movimiento reformista. El cual pretendía alcanzar la emancipación progresiva de la isla verde por medio del juego parlamentario. Aunque, eso sí, sus reglas las marcaba siempre el Gobierno de Londres. Pero en 1870 la Ley de Reforma Agraria se vino abajo al fracasar Charles Parnell, máximo dirigente del Partido Irlandés, llamado «El rey sin corona de Irlanda», en sus tentativas por sacar adelante la Home Rule irlandesa, que era el verdadero autogobierno. Ello vino a significar lo que pudo haber supuesto una solución ventajosa para el Reino Unido, al conceder la autonomía a Irlanda dentro del Imperio Británico.

Durante 1912, en el n.º 10 de Downing Street se comprendió, al fin, que era muy peligroso tener a la espalda de Inglaterra, Escocia y País de Gales un potencial foco de insurrección que los republicanos irlandeses se encargaban de activar periódicamente. Por supuesto, a su libre conveniencia. A ello se unía el deseo formulado por la burguesía industrial del Reino Unido de dejar reducida a la aristocracia agraria, cuando esta tenía en la Irlanda latifundista uno de sus más firmes puntos de apoyo. No obstante, solo una exigua minoría de católicos prestó juramento a la sociedad secreta más violenta, llamada Hermandad Feniana Irlandesa Republicana. Si leemos a Paul Wilkinson, en su libro *Political Terrorism*, podemos conocer más de ese grupo:

Contaban con más apoyo en América que en la misma Irlanda, aunque es cierto que una pequeña brigada al mando de John MacBride fue a luchar con los Boers contra los británicos en 1902. La abrumadora mayoría de irlandeses seguía, sin embargo, a favor de conseguir la autonomía por medio de la reforma constitucional decidida en Westminster. Esta postura contaba con el apoyo del Partido Irlandés bajo Redmond. Desgraciadamente para Redmond y sus camaradas, la Ley de Autonomía aprobada finalmente por el Parlamento en 1914 fue echada a un lado debido a las exigencias de la Primera Guerra Mundial y la belicosa intransigencia de Carson y sus voluntarios del Úlster, quienes amenazaban con oponerse a la autonomía por la fuerza para proteger los intereses de la mayoría protestante presbiteriana del Úlster.

El factor básico que entorpeció la maniobra política británica para conceder la Home Rule fue la sociedad colonial, la denominada *Harrison class* o clase guarnición. Estaba compuesta por los protestantes que vivían en Irlanda. Tras los últimos intentos de Wolfe Tone, a finales del siglo XVIII, para unir a todos los habitantes de la isla esmeralda contra la Corona Británica —cuando los protestantes habían sido mentalizados por los gobernantes de Londres en un sentido sectario, con el fin de separar a ambas comunidades—, se vio muy patente el muro de hostilidad e incomprensión que distanciaba a las dos sociedades. Sobre todo, al quedar en minoría los seguidores de la Iglesia Anglicana y siempre en el hipotético caso de producirse una autonomía dentro del Imperio Británico.

Con ese complejo trasfondo social y político, la Orden de Orange —que ha venido celebrando, año tras año, y sin pausa, la victoria de los protestantes que siguieron al Rey Guillermo de Orange en la batalla de Boyne, año 1690— aglutinó a los descendientes de aquellos colonos de origen escocés traídos precisamente por María Tudor, apodada la *Reina sangrienta*. En pocos días lograron reunir 471.414 firmas de oposición a la Home Rule. Aunque lo peor fue la puesta en pie de guerra de la Ulster Volunteer Force, organización militar con alrededor de cien mil hombres armados. Estaban dispuestos a todo con tal de impedir cualquier cambio, por mínimo que este fuera, en su privilegiado estatus social.

En medio de ese latente polvorín, desde un principio la isla verde se vio abocada a un inevitable conflicto bélico entre protestantes y católicos.

La alineación de fuerzas en Irlanda del Norte o Úlster, y también en el sur católico, vino acompañado, en parte al menos, por el desmedido afán de procurarse armas a cualquier precio. En 1913, esos irreconciliables bandos buscaron en la Alemania del Káiser Guillermo II una segura fuente de suministros. Aunque las negociaciones secretas solo obtuvieron, más tarde, un relativo éxito por parte de los ultranacionalistas fieles a los dictados religiosos de Roma. En noviembre de ese mismo año surgía entre estos últimos una organización de tapadera, calculada para no ahuyentar a muchos de los posibles reclutas. Era en clara respuesta a la formación de fuerzas paramilitares partidarias del credo de la Iglesia Anglicana.

Tal como señalan Singleton-Gates y Girodias en su libro: *The Black Diaries: An Account of Roger Casements Life and Times with a Collection of His Diaries and Public Writings*:

La Hermandad Republicana irlandesa, que se reunía en secreto, había decidido que para enfrentarse al nuevo peligro el único método posible era la creación de una fuerza Nacionalista de Voluntarios que contrapesara a los Voluntarios del Úlster.

Así pues, acababa de nacer la idea de formar los Voluntarios Irlandeses o Irish Volunteers. A resaltar de esta nueva organización paramilitar —llegó a contar con 180.000 hombres— que se encontraba todavía en gran inferioridad con respecto a sus potenciales adversarios del norte de la isla esmeralda. Además, muy pocos de ellos eran separatistas dispuestos a empuñar las armas con todas las dramáticas consecuencias que se podían derivar de esa extrema actitud violenta.

Sin embargo, tras el atentado de Sarajevo, 26 de junio de 1914, estalló, más tarde, la enseguida denominada Gran Guerra Europea. Entre Francia y el Reino Unido, por un lado, y los Imperios Centrales, por otro: Alemania y Austria-Hungría. Y ese impresionante choque bélico supuso un inesperado compás de espera para el devenir de la atormentada Irlanda. El Partido Irlandés, dirigido por John Redmond, aportó al Gobierno de Londres un contingente de 200.000 voluntarios. Tras ello, la aplicación de la Home Rule permaneció «atascada» por tiempo indefinido. Así que el Irish Volunteers quedaría reducido a once o doce mil individuos; todos bajo las órdenes directas de Eoin MacNeill, su fundador. Es posible asegurar entonces que, al menos en 1916, era el grupo predominante en la ideología republicana.

Por eso mismo, se le puede considerar como el auténtico embrión del Irish Republican Army cuyas siglas IRA alcanzarán tanta notoriedad a lo largo del siglo XX.

Ayuda de Berlín

En el transcurso del verano de 1915 se preparó en Dublín el plan general de alzamiento contra la insoportable dominación británica. Fue contando como base de recluta a los Voluntarios Irlandeses y también al Irish Citizen Army. Este último, a las órdenes de James Connolly. Daba una idea precisa de la desorganización existente el hecho de que MacNeill, opuesto a una aventura guerrera de este tipo, ni se había enterado de los preparativos por hacerse a sus espaldas. Al tiempo, los irlandeses nacidos o residentes en Estados Unidos —agrupados bajo la denominación de Clann na Gael—, aseguraron un firme apoyo en propaganda, voluntarios, dinero y armas. Siendo también responsables de establecer los primeros contactos serios con el Gobierno alemán. Según se puede leer en *IRA: 60 años de guerrilla*:

El enfrentamiento bélico de Inglaterra y Alemania hacía de este país el aliado natural de los republicanos, que enviaron a uno de sus hombres brillantes, Sir Roger Casement, a gestionar la ayuda germana. Esta debería tener dos aspectos; por una parte, el envío de material de guerra moderno; por otra, la formación de una Brigada Irlandesa con irlandeses sacados de los campos de prisioneros alemanes, la cual desembarcaría en la isla para apoyar a sus compatriotas republicanos. Este proyecto, sin embargo, fue desestimado desde el principio por las autoridades alemanas.

Aunque protestante, Sir Roger David Casement era un patriota íntegro. Alguien dispuesto a cualquier sacrificio con tal de alcanzar la independencia de la isla verde. Nacido en 1864, cerca de Dublín, había obtenido el título nobiliario que lo distinguía a cuenta de los servicios prestados a la Corona Británica como diplomático en los territorios del África Central y Brasil. Y en cuanto a ese material de guerra se refiere, Berlín solo dio el visto bueno para proceder al envío de veinte mil fusiles Mauser Gewehr Mod. 1898, además de una gran cantidad de cartuchos de 7,92 mm. Todos dispuestos en peines de cinco unidades. Tras esas dos aclaraciones, continuamos transcribiendo más texto del libro que firman Sánchez y Reyes al alimón: